

tiempo del placer maligno de quedar superior á su rival en el cumplimiento de los tratados. Entretanto, estrechado Gregorio por los embajadores de Francia, por las cartas y requerimiento de su competidor, por los consejos de los mas célebres juriscónsultos y por las exhortaciones de sus propios cardenales, se entregaba á los temores y á las irresoluciones propias de su edad, y á las sugestiones de sus sobrinos que querian por lo menos hacer su fortuna antes que renunciase. Prometia y se retractaba de un dia á otro, caminaba hácia el lugar de la conferencia, volvía luego á desandar lo andado, y algunas veces se ponía á llorar mostrando toda la debilidad de una decrepitud poco diferente de la infancia. En fin, pasó á Luca, en el ducado de Toscana, y prometió llegar hasta Petra Santa, desde donde trataría por procuradores con Benedicto, el cual debia trasladarse y se trasladó en efecto á Porto-Venere en la costa de Génova, pero siempre acompañado de sus galeras bien armadas. Gregorio objetó desde luego este armamento, y no llegó al parage designado. Benedicto alegó tambien que quedaba aquí vencedor, como lo habia quedado en Savona, pero usando de circunspeccion y de una modestia política, y elogiando la prudencia y piedad de su competidor, del cual decia que habia aceptado el compromiso por un movimiento de la gracia, y que al fin no podría menos de cumplir una obligacion tan santa y solemne: conducta ambigua que dió motivo para sospechar cierta colusion entre los dos Papas, con el designio de alejar la union y de conservar su dominio respectivo; de manera que se los miró como á dos campeones que se acercan al campo de batalla aparentando que desean batirse con el mayor empeño, despues de haberse convenido en no hacerse ningun mal, y que al retirarse se aplauden

de haberse burlado de los espectadores, cuando no hicieron mas que escitar su risa (1). Llegó por último el desengaño, especialmente en Francia, cuyo monarca, por una Real cédula de 12 de enero de 1408, dirigida á todos los ñeles, declaró que si no estaba concluida la union para el dia de la Ascension del mismo año, abrazaría la neutralidad con todo su reino. Al propio tiempo se escribieron cartas particulares á Benedicto y á Gregorio para notificarles esta resolución. Aunque esto no era mas que ejecutar con mucha lentitud lo que se habia determinado tan solemnemente, y debia admirar muy poco á Benedicto despues de haberse ya resuelto, tanto tiempo antes, la sustraccion con respecto á su persona, pareció no obstante que no habia previsto este golpe segun la impresion que le hizo. Lo que puede creerse es, que si hubiera existido todavía el duque de Orleans, este protector poderoso y constante habria impedido segunda vez ó retardado á lo menos este desenlace. Pero este príncipe, hermano único del rey, y el hombre mas hermoso, segun se decia, mas afable y mas elocuente de todo el reino, fué asesinado por orden del duque de Borgoña, su primo hermano, poco despues de haberse cumplido el término señalado á los dos Papas para dar fin al cisma (1407); asesinato monstruoso, en que la perfidia del asesino, los viles artificios de que se valió al principio para disimularle, y el desearo que manifestó despues, parecia que habían llegado al extremo de la enormidad; hasta que en la persona de Juan Petit se vió un doctor que, vendido á la iniquidad, emprendió canonizarle á la faz del trono, de los príncipes de la sangre y de las personas mas respetables que habia en el reino! El poder y la

(1) Niem. l. 3, c. 21, p. 312.

insolencia suspendieron por algun tiempo la voz de las leyes y de la virtud; pero en la indignacion con que toda la Francia condenó el falso dogma del tiranicidio, se vió muy pronto, que si es capaz de producir algunos mónstruos, solo deben esperar estos la execración que merecen. La repetición de tantos reveses y contratiempos hizo que Benedicto XIII desmintiese su carácter, el cual sobresalia principalmente en el arte de mostrarse atento y reservado; pues por la primera vez se abandonó á un furor que en el estado que tenian las cosas, se debe atribuir mas bien á la alteracion momentánea de sus facultades mentales que á un designio premeditado de trastornar la Francia á fin de sostenerse. Luego que recibió la noticia de la sustraccion para el dia fijo de la Ascension de aquel mismo año, 24 de mayo de 1408, envió directamente al rey una bula fulminante, que además de las censuras, entredichos y privaciones de todo oficio y beneficio, contenia la absolucion del juramento de fidelidad, y todas las penas de que se halló ejemplar ó fórmula en el estilo de la cancelleria. Se celebró desde luego un Consejo pleno en que se deliberó acerca de aquella audacia incomprensible de un Papa dudoso, cuyo poder estaba, por decirlo así, pendiente de un hilo. Algunos dias despues, esto es, el 21 de mayo, á fin de manifestar al público la loca presuncion del Pontífice, hubo en los jardines de palacio una asamblea de las personas mas doctas é ilustres de la capital, en presencia de un gentío inmenso que ocupaba todas las cercanías. La bula fué calificada en ella de obra de iniquidad, condenable en todo y por todo, y rasgada inmediatamente con general aplauso (1).

Dióse orden al instante al mariscal de Boucicaut, que era á la sazón gobernador

(1) Spicilog. t. 6, p. 182; Prueb. p. 483.

de Génova por la Francia y muy temido de Benedicto, para que asegurando su persona le impidiese salir del reino á prolongar su pontificado y su cisma: lo que debia recelarse con mucha razon, atendido su génio obstinado é inflexible, como se verá despues. Pero no menos vigilante que tenaz en sostener sus ideas, huyó de Porto-Venere, se acercó á las galeras que tenia siempre prontas en aquella costa, y acompañado de cuatro cardenales se embarcó el dia 15 de junio de 1408, término memorable de la residencia de los Papas en territorio francés por espacio de ciento y tres años.

El dia siguiente al de la Ascension, en cuya época cumplia el tiempo señalado últimamente para el convenio de los Papas, espidió el rey Carlos su decreto para la publicacion de la neutralidad, la cual fué anunciada el domingo próximo 27 de mayo; y despues envió embajadores á las principales cortes de Europa, habiendo conseguido que aun muchas de las que se declararon antes á favor de Gregorio, se conformasen con la resolucion de los franceses. Sin embargo, ya fuese para que el cuerpo de la Iglesia de Francia ratificase en debida forma lo que se habia determinado, presumiendo ser la expresion de sus sentimientos, ó ya para arreglar todo lo concerniente al régimen gerárquico durante la sustraccion, se congregó un concilio nacional que fué celebrado en Paris desde el dia 11 de agosto hasta el 5 de noviembre. Se confirmaron en él todas las disposiciones precedentes; se declaró factores del cisma á los partidarios de Pedro de Luna, y como tales privados de todo derecho á los beneficios y á las gracias de la Iglesia; se arregló por los principios del derecho comun el gobierno y la jurisprudencia eclesiástica; y en fin, se nombraron los prelados y doctores que habian de asistir al concilio convocado ya de todo el orbe católico en la ciudad de



Pisa (1). Lo había sido en el día 24 de junio por los cardenales reunidos de las dos obediencias, aunque la carta de los de Aviñon tiene la fecha del 14 de julio. Habiendo huido Benedicto de Porto-Venere, y no queriendo Gregorio pasar de la ciudad de Luca, donde hizo una promoción de cuatro cardenales nuevos, á pesar de las representaciones de los antiguos y del contesto literal del juramento hecho en el cónclave, los colegios de las dos obediencias, que no podían ya dudar que estos Pontífices ambiciosos aspiraban únicamente á prolongar su reinado, se habían reunido en Liorna como en un lugar seguro, donde tenía la corte de Francia un influjo decidido. Ya se hallaban en Pisa, ciudad igualmente segura, los dependientes de la corte de Roma, y espercieron en aquella muchos escritos injuriosos á Gregorio, haciendo también que se fijasen en Luca á vista de este Papa. Para justificarse y persuadir que no cesaba de desear la union, convocó él mismo un concilio general, que debía celebrarse en la provincia de Aquileya el día de Pentecostés próximo siguiente, y dijo en la bula de convocacion, que semejantes asambleas ó congresos no podían celebrarse sino por la autoridad pontificia, pues de otro modo serían verdaderos conciliábulos. Los cardenales, que lo habían citado ya á Pisa, como también á Benedicto, respondieron que en la situacion en que se hallaba la Iglesia, solo á ellos correspondía convocar el concilio; que este método de convocacion era el único que podía practicarse, así respecto de las naciones que habían abrazado la neutralidad, como de los súbditos particulares de cada obediencia, supuesto que ninguno de los dos partidos quería deferir á la autoridad del otro; y que si los dos Papas se encar-

(1) *Conc. Hard.* t. 7, p. 1927, etc.; *Du Châten. Prueb.* p. 263 etc.

gaban de la dirección de un mismo concilio, presentaría la Iglesia el aspecto odioso de un monstruo con dos cabezas. Concluían su carta los cardenales exhortando patéticamente á los dos Papas á que concurriesen al concilio de Pisa para el término señalado, que era el 25 de marzo del año siguiente. Mostró Gregorio tan poca deferencia á esta invitacion, que agravando la falta que había dado ocasion al rompimiento, hizo una nueva promoción de nueve cardenales (1).

Benedicto por su parte creó cinco cardenales para reemplazar á los que le dejaban por ir á Pisa. También convocó un concilio que debía celebrarse y se celebró en efecto en Perpiñan, donde se había refugiado este antipapa. Su apertura se hizo el primer día de noviembre del año de su convocacion, que fué el de 1408, y al principio fué bastante numeroso, segun el autor aragonés Zurita, que cuenta ciento y veinte prelados; pero en los documentos que se presentaron en el concilio de Pisa (2), se lee que eran como unos cuarenta entre obispos y abades, de Castilla, Aragon, Navarra, Saboya, y aun de algunas provincias meridionales de Francia. Como quiera que sea, habiendo preguntado Benedicto, despues de algunas sesiones, qué era lo que debía hacerse para el bien de la Iglesia, hubo mucha variedad de opiniones: lo que fué causa de que la mayor parte de los prelados se retirasen de Perpiñan. Solo quedaron veinte y tres, los cuales se redujeron muy en breve á diez y seis, y el día primero de febrero de 1409 aconsejaron al antipapa que enviase inmediatamente á Pisa legados autorizados para renunciar en su nombre la dignidad pontificia. Respondió Benedicto que sabía con evidencia no ser aquella la opinion unánime del concilio.

(1) *Rain. ann.* 1408, num. 38.

(2) *Spicil.* t. 6, p. 384; *Conc. Hard.* t. 8, p. 74.

«Padre Santo, le dijeron, solo hay un hombre que no sea del mismo dictámen que los demas.» — «Pues bien, replicó Benedicto, ese solo hombre piensa mejor que todos los demas juntos. Yo me conformo con su parecer.» — Queriendo el cardenal de Chalan hacer alguna representacion: «No hablareis una sola palabra, le dijo el Pontífice irritado. No pensais mas que en hacerme daño siempre que podeis. Cuidado no os ponga yo en paraje donde no volvais á ver el sol en toda vuestra vida.» Esta amenaza fué causa de que el cardenal se marchase poco despues para reunirse con el Sacro Colegio. Entretanto, habiendo considerado Benedicto las consecuencias de una vivacidad que ponía á la vista sus mas recónditos pensamientos, volvió á tomar la máscara de la disimulacion, y luego que estuvo congregado el concilio de Pisa, esto es, el día 26 de marzo, nombró nuncios para que asistiesen á él y tratasen en su nombre.

Hízose la apertura del concilio en el día señalado 25 de marzo de 1409 (1), y desde luego hubo al frente de la asamblea catorce cardenales, siete de cada obediencia. Despues se reunieron hasta veinte y tres, con doce metropolitanos, ochenta obispos, ochenta y siete abades, ciento y dos procuradores de los obispos ausentes, doscientos de los abades, los superiores generales ó los procuradores de la mayor parte de las órdenes religiosas, los diputados de las universidades mas célebres, los de los cabildos de mas de cien iglesias catedrales, unos trescientos doctores en teología ó en derecho canónico, en fin, los embajadores de los reyes de Francia, Inglaterra, Portugal, Bohemia, Sicilia, Polonia, Chipre, de los duques de Borgoña, Brabante, Lorena, y de muchos príncipes de Alemania. Los reyes de Hungría, Suecia, Dinamarca

(1) *Conc.* t. 11, p. 2117. B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO IV.

y Noruega, que estuvieron todavía algun tiempo á favor de Gregorio XII, le abandonaron muy en breve para adherirse al concilio. Mas de una tercera parte de los que habían concurrido á él eran franceses, y la mayor parte de los demas prelados y doctores fueron de Inglaterra, Bohemia, los países del Mosa y del Rhin, y los Estados septentrionales de Italia. Los reinos de Castilla, de Aragon y de Escocia permanecían sujetos á la obediencia de Benedicto; y los Estados de Nápoles, con los del emperador Roberto en Alemania, y varios territorios de Italia, á la de Gregorio. El presidente del concilio fué el cardenal de Malesec ó de Poitiers, á cuyo título no podía ponerse la mas ligera tacha, pues había sido promovido al cardenalato por Gregorio XI antes de que hubiese la menor apariencia de cisma.

Concluida la misa solemne, el sermón y las oraciones propias que se rezaban al principio de cada sesion para conseguir la union de la Iglesia, estando los Padres revestidos con capas pluviales de distintos colores y con mitras blancas, se eligieron los oficiales del concilio, y entre ellos un abogado, relator de los hechos y maldades de los dos Papas rivales. Este orador, despues de haber demostrado su obstinacion, su mala fé y aun su colusion por la série de sus acciones y por la contrariedad de sus discursos, concluyó proponiendo que fuesen declarados contumaces, lo que pidió inmediatamente uno de los promotores. Pero con el objeto de observar las formalidades prescritas por los cánones, salieron dos cardenales á la puerta de la iglesia en tres dias diferentes, y los citaron allí. No habiendo comparecido nadie por parte de ellos, pronunció el presidente del concilio la sentencia de contumacia. En la sesion cuarta, que se celebró el día 15 de abril, se aumentó mucho el número de los concurrentes. Con el cardenal



de Bari, que había vuelto de su legación de Alemania, se presentaron en ella diferentes prelados que acababan de llegar, como también los embajadores del rey de romanos, enviados en primer lugar al Papa Gregorio, y desde allí al concilio para sostener en él los intereses de este Pontífice. Este era todo el efecto que en el ánimo del rey Roberto había producido la dieta celebrada en Francfort tres meses antes. Sin embargo, el voto general de Alemania estaba decidido á favor de la union (1). En todos los pueblos y ciudades por donde pasó el cardenal de Bari, enviado del concilio de Pisa, fué recibido por el clero y los pueblos con extraordinarios honores. Al contrario, el legado de Gregorio, Antonio Coriario, sobrino de este Pontífice, el cual le había creado cardenal en la fatal promoción que acabó de arruinar á su partido, fué mirado como un ministro de la discordia, que solo podía servir para perpetuar el cisma. Cuando llegó á la dieta, había seis días que estaba empezada, y ya se hallaban inclinados por su hábil antagonista todos los que tenían voto en ella á proteger los designios de los cardenales reunidos para el bien de la Iglesia. Coriario hizo un largo discurso, en el que no contentó con justificar al Papa su tío, dijo cosas atroces contra el Saero Colegio. La resolución de la dieta fué que el jefe del cuerpo germánico y algunos de sus individuos, así principes como prelados, enviarían embajadores á Italia para acelerar la union. Las tentativas del cardenal nepote solo agradaron á Roberto de Baviera, que reconocido rey de romanos por Bonifacio IX y sus sucesores Inocencio y Gregorio, tenía mucho interés en tenerlos por Pontífices legítimos é indubitables.

Pero no fué tratado por el concilio como rey de romanos, porque no estaba gene-

(1) Niem. 7.º, c. 36.

ralmente reconocido en calidad de tal, y aquella augusta asamblea creyó que á nadie convenía menos que á ella aprobar la deposición de Wenceslao, á pesar de lo indigno que se había hecho del imperio, por lo que no quiso dar oídos á los embajadores del nuevo rey de romanos, sino como á simples enviados del duque de Baviera. No obstante, se presentaron en plena sesión, y después de protestar las buenas intenciones de su amo á favor de la paz de la Iglesia, propusieron hasta veintidos objeciones contra las providencias dadas para conseguirla. Todo lo que hubo de respectivo en este largo tejido de sutilezas, ilusiones y mintuciosas, fué la irregularidad de la convocacion del concilio y de sus empresas contra la autoridad de la Silla pontificia; pero no fué difícil dar á entender que en la situación en que se hallaba la Iglesia, no era posible ceñirse á las reglas ordinarias; que los cardenales tienen derecho para convocar concilio cuando es necesario y cuando el Papa no quiere ó no puede convocarle, porque no es de esencia del concilio que haya de estar sujeto á la autoridad del que le convoca, como se evidencia por el poder que tiene el concilio provincial sobre el metropolitano que le congrega; que la Iglesia tiene en todos los casos un derecho constante de atender siempre á su propia seguridad, de reunirse y de dar sus decisiones; que el concilio general que la representa puede deponer á los Papas cuando se duda cuál es el verdadero; y que en fin, era este el único medio que restaba, después de haber apurado todos los demás, para extinguir el cisma funesto que la había desolado por espacio de treinta años y continuaba todavía llenándola de aflicción. No esperaron los embajadores estas respuestas, y bien considerada toda su conducta ulterior, parece que ellos mismos no creían que sus dificultades fuesen sólidas,

pues faltaron á sus propios principios, pi- diendo que se señalase nuevo día y lugar para formar otro concilio, y conformándose con que si el Papa Gregorio dejaba de presentarse entonces y de cumplir la palabra que había dado de adoptar la cesion, se procediese á la eleccion de un solo Papa. Como por otra parte era esto lo mismo que Gregorio había repetido tantas veces en los preliminares de la conferencia de Savona, no se dudó que este artificio era obra suya á fin de disolver un concilio ya congregado, y que sería imposible volver á congregarle, á lo menos viviendo aquel viejo, cuyas intenciones no eran rectas. Sin embargo, se les pidieron sus proposiciones por escrito y se les prometió responderles en el término de ocho días, pero salieron furtivamente el día antes que concluyese ese término, 21 de abril, habiendo fijado en la puerta de la iglesia un cartel en que apelaban á Jesu- cristo y á un concilio legítimo contra todo lo que se pudiera hacer en Pisa (1).

Entretanto experimentaba Gregorio crue- les inquietudes. Se publicó la sustraccion de la obediencia hasta en la ciudad de Luca, donde se hallaba, de manera que se vió precisado á abandonarla y á retirarse á Rimini, á casa de los señores de Malatesta, que eran íntimos amigos suyos (2). Enviaron estos inmediatamente á Pisa para solicitar, á ejemplo del rey de romanos, la traslacion del concilio á otro parage; pero tampoco se hizo caso de su propuesta, con cuyo motivo algunos historiadores, que no examinaron mas que el resultado de esta primera negociacion, han dicho que unos protectores tan generosos se habían contentado con esta única diligencia. Pero por la coleccion de las mejores Memorias de aquel tiempo consta que Carlos de Malatesta, á quien pertenecía en propiedad el principado de Rimini, llevó su celo hasta el punto de ir él personalmente á Pisa, donde no omitió ningun medio capaz de facilitar el cumplimiento de sus designios. Por fin, convinieron los cardenales en trasladar el concilio á Pistoia, ciudad que estaba mas tierra adentro y era menos sospechosa que la de Pisa; pero con la precisa condicion de que Gregorio había de dar la seguridad competente de presentarse en ella y de verificar la cesion, y aun prometieron hacer que se le confriese por toda su vida la legacion de Forli y de Treviso, con el primer rango en el estado eclesiástico después del Papa que se eligiese. Lleno de gozo el príncipe de Rimini, creyó que nada le faltaba que hacer sino tratar con los florentinos para los salvo-conductos, los cuales no podían presentar ninguna dificultad. Pero Gregorio no quiso ratificar jamás los pactos de su mediador; y éste, después de muchas súplicas y reconveniones igualmente inútiles, fingió que toda su amistad se había convertido en indignacion. Confundido en todos sus alegatos y excusas, respondió el débil Pontífice lo mismo que estaba repitiendo á cada paso: «si yo dejo el pontificado, ¿qué será de mis parientes y amigos (4)?» Aunque Carlos de Malatesta, uno de los caballeros mas dignos de su tiempo, y particularmente célebre por su generosidad para con sus amigos, no abandonó jamás á Gregorio, en medio de que llevaba á mal su obstinacion, tuvo por conveniente este Papa retirarse de Rimini, y acercarse á los Estados de Venecia, donde había nacido, para celebrar el concilio que quería oponer al de Pisa.

Este último concilio adquirió de día en día un aspecto mas augustó y respetable, y

(1) Tom. 11. Conc. p. 2166.

(2) Ampliss. Collect. t. 7.º in praef. p. 83.º etc. in oper. p. 966, 988, 996, etc.

(1) Rain. ann. 1409, n. 34.º (1)